

## HIMNO A LA ENCINA

Dios crea, el hombre admira, el árbol sueña.  
Para crear al hombre Dios se imita,  
y en el árbol diseña  
esa paz infinita  
tan humilde que sólo de vivir necesita.

Dios amoroso crea  
y cada ser creado es de su amor un templo,  
concreción de su idea.  
¡Con qué amor os contemplo,  
oh, creaciones de Dios, pues yo soy vuestro  
[ejemplo!

Dios en mi ser resume  
cuando me crea la creación entera,  
y me ha dado el perfume,  
que todo aroma tiene, que nunca se consume.  
¡Soy la flor de las flores de toda primavera!

Por eso yo bendigo  
al Señor que me ha dado esta grandeza,  
me ha hecho espejo y testigo  
de la naturaleza  
y ha nimbado de gloria mi cabeza.

Luz de luz, soy un foco  
que a sí mismo se ve cerca y distante;  
soy lo mucho en lo poco;  
soy pequeño y gigante:  
una gota de agua, soy al mar semejante.

En cada ser que veo  
contemplo los reflejos de mi esencia,  
y me enciende el deseo  
de hallar la procedencia  
de este río que fluye en mi conciencia.

Encina, tú que vives  
y eres vida no más, vida desnuda,  
que en tí misma te escribes,  
concédeme tu ayuda  
para encontrar la paz que no se muda.

Pues tú eres un diseño  
de lo que tengo en mí de solo vida,

y sueñas en tu sueño  
de paz desconocida,  
que es más profunda cuanto más se olvida.

En tí miro el modelo  
de la paz que deseo y necesito:  
paz que calme este anhelo,  
paz que acalle este grito  
de mi carne abrasada de apetito.

Y tú, encina, me dices  
que para hallar la paz de las alturas  
tengo que echar raíces,  
que beban en honduras,  
de donde manan las corrientes puras;

que en las honduras brota  
la fuente que de sí propia dimana,  
y la verdad ignota,  
de la belleza hermana,  
de allí florece y sus espigas grana.

Yo tengo que ser firme,  
como tu tronco, y con tesón de acero  
hacia la luz erguirme,  
cual se yergue un arquero  
para tenso lanzar tiro certero.

Como columna viva,  
subiré en eclosiones de oro y plata,  
a florecer arriba,  
donde al sol tu ramaje se dilata  
para humilde inclinarse en catarata.

Como tú, coronado  
de vivas gemas con engaste de oro,  
surgiré renovado  
para alcanzar lo que perdido lloro  
y está en mi fondo oculto y es mi mejor tesoro.

Y vendrá la paloma,  
vencido ya el furor de la pantera,  
y este dormido aroma,  
que un aire niño espera  
cundirá con la nueva primavera.

FRANCISCO RODRIGUEZ PERERA

## ¡¡GUIONISTA DE PELICULAS!!

( CUENTO )

I

Por la ventana que enfila la calle, y a través de los visillos, contempla doña Adelaida el panorama de los tejados del pueblo bajo esa lluvia menuda e inconsistente, que más bien parece niebla, y que los campesinos llaman con tanta propiedad «cerniza». ¡Cómo angustia a la señora esta lluvia harinosa que se dijera cernida mansamente por el cedazo gris de las nubes que se deshilachan en el cielo! Siquiera la lluvia franca es expletiva, tiene su voz y su sentido, golpea volandera los cristales, llena de rumor y de pasos de carrera las calles del pueblo y hace con todo una orquesta que arrulla y mece la intimidad. ¡Pero esta aguarina cenicienta que ni siquiera bambolea el viento y ni es lluvia ni es niebla y sólo sirve para desdibujar la torre de la iglesia, humedecer los tejados y poner como sordinas y musgos en toda la vecindad!

En estos días es cuando más horror cobra doña Adelaida a la monotonía del pueblo. Más que por ella misma, por Lucila, su hija, quien hojea una revista, sentada a la camilla que sirve a las dos mujeres de calorífero y mesa de labor.

«¡Qué monotonía tan reduplicada, Señor!—exclama para sí doña Adelaida.—Cincuenta años viendo las mismas cosas y casi las mismas caras. Contando en el calendario del tiempo con una efemérides igual a otra: días claros, días grises, el toque del alba, el toque de mediodía, el repique de víspera y el doble de ánimas; lluvias o nieblas, o «cernizas» como ésta. Sin que en esos cincuenta años se haya notado cambios en el pueblo y en el modo de vivir de las personas.»

En esto Lucila lanza una exclamación.

—¿Me quieres decir, hija—pregunta intrigada doña Adelaida—qué lees con tanto interés?

—Fíjate, mamá, en la ficha de la intérprete de «El castillo fantasma»: treinta años; estatura, 1'58; peso, 55 kilos. Se ha casado tres veces y por tres veces se ha divorciado. ¡Magnífico!

—¡Niña, niña!—reprende alarmada doña Adelaida.

—Es por su tipo, mamá: 1'58 de estatura y 55 kilos de peso. Casi la línea moderna perfecta. Y el galán que trabaja con ella es como hombre un tipazo. Voy a recortar el cupón de la revista para solicitar sus retratos.

Doña Adelaida suspira, como tiene por costumbre cuando quiere expresar que pudiera decir algo y opta por callarse.

«Decía yo antes—piensa volviendo a sus soliloquios—que en cincuenta años no han variado las cosas y las personas y mi propia hija me da un mentís con su modernidad. Hace cincuenta años ninguna